

EL PAJE.

DRAMA EN CUATRO JORNADAS, EN PROSA Y VERSO.

Representado por primera vez, en el Teatro del Principe, el día 22 de Mayo de 1857.

PERSONAS.

DON RODRIGO DE VARGAS.
DON MARTIN DE SANDOVAL,
Conde de Niebla.
DOÑA BLANCA.
LEONOR.
FERRANDO, *paje de doña Blanca.*

BERMUDO.
NUÑO.
PERO-GOMEZ. } *Pescadores.*
BELTRAN.
GARCÉS.
ORTIZ.

FARFAN.
ANTUNEZ.
FORTUN.
LA TIA MÓNICA.
DONCELLAS DE DOÑA BLANCA.

Las tres primeras jornadas pasan en Córdoba, y la cuarta en Sevilla. La acción empieza á 20 de Marzo de 1369.

JORNADA PRIMERA.

Una sala de la casa de don Martín: tres puertas, dos laterales y una en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

BERMUDO, FERRANDO.

FERRANDO.

No juego más, se acabó.

BERMUDO.

¿Por qué?

FERRANDO.

¿Por qué? ¿no lo veis?

Porque mil trampas me haceis,
Y no he de sufrirlas yo.

BERMUDO.

Vamos, venid.

FERRANDO.

No, no quiero;

Que ya perdi cuanto tuve:

No sé por qué me contuve,

Que no os arroje el tablero.

Diez doblas me habeis ganado,

Diez doblas, todo mi haber;

Y más las siento perder

Con vos, que sois un menguado,

Un tramoso de por vida...

¡Maldigaos el cielo, amén!

BERMUDO.

Ferrando, cuidado...

FERRANDO.

¿Y bien?

BERMUDO.

Teneis la lengua atrevida,

Y eso en vuestra edad es mengua.

FERRANDO.

Y sabed, señor Bermudo,
Que este mi acero desnudo
Se atreve más que mi lengua.

BERMUDO.

Sosegaos, el pajecillo,
Y vuestras doblas tomad.

FERRANDO.

Niño soy de poca edad;
Mas no por eso me humillo.
Guardadlas.

BERMUDO.

No, por mi nombre,
Si hemos de reñir.

FERRANDO.

No riño;
Mas sabed que aunque soy niño,
Tengo el corazón de un hombre.

BERMUDO.

¿Alguno vos quiere mal
Y teméis desaguizado,
Que así andáis tan avisado,
Puesto en el cinto el puñal?

FERRANDO.

De ninguno quejas tengo,
Bermudo, sino es de vos.

BERMUDO.

¿No habrá paz entre los dos?

FERRANDO.

No, jamás... os lo prevengo.

BERMUDO.

¿Quejas, Ferrando?

FERRANDO.

Pardiez,
Que en mirándoos no reposo:
Teneis el rostro alevoso,

Y áun el corazon tal vez.
Mas no penseis que por miedo
De un vejete estrafalario
Traigo en vez de escapulario
Duro puñal de Toledo.
De mi padre alhaja fué;
Y al dármele, me previno
Que estaba en él mi destino,
Misterio que no alcancé.
Y por eso siempre aquí
Conmigo va, y en buen hora
Dura espada cortadora
Quisiera ceñir así.

BERMUDO.

¿Eso queréis?

FERRANDO.

Eso quiero;

Por eso anhelando estoy.

BERMUDO.

¿Tan pronto?

FERRANDO.

Muy niño soy,

Y quiero ser caballero,
Aunque volaran mis años
Y como el humo se huyeran,
Y mis ilusiones fueran
Dolores y desengaños.
¿Si vierais cuál mis deseos
Más agitan, y mi afán,
Tanto bizarro gañán
En las justas y torneos,
Donde puede su bravura
Doncel airoso ostentar,
Y á su dama coronar
Por reina de la hermosura!

BERMUDO.

Verter su sangre por ella,
Morir tal vez en la lid...

FERRANDO.

¿No amasteis nunca? decid.

BERMUDO.

Jamás lo quiso mi estrella.

FERRANDO.

¿No digo? sois raro en todo.
¿Las mujeres no amais vos?

BERMUDO.

Las aborrezco, por Dios.

FERRANDO.

Y ¿lo decís de ese modo?
Malandrin... torpe escudero...
Alza el guante.

(Arrojándole á la cara un guante.)

ESCENA II.

LOS MISMOS. LEONOR.

LEONOR.

¿Qué rumor!...

BERMUDO.

¿Ferrando!

FERRANDO.

¿Tienes valor?

Fuera del muro te espero.

LEONOR.

¿Qué es eso?

FERRANDO.

Nada... Insolente

Me habló ese viejo incapaz.

LEONOR.

¿Tiene bríos el rapaz!

BERMUDO.

Él tiene la culpa.

FERRANDO.

Él miente.

LEONOR.

Ferrando, hablad con más seso:

¿Os atreveis?...

FERRANDO.

¿Por qué no?

BERMUDO.

Llamóme incapaz...

FERRANDO.

Sí, yo.

BERMUDO.

Y también imbécil.

FERRANDO.

Y eso.

LEONOR.

¡Eh! silencio... Idos, Bermudo;
Que yo acá le reñiré.

ESCENA III.

LEONOR. FERRANDO.

FERRANDO.

Yo...

LEONOR.

¿Callais?

FERRANDO.

Me callaré;

Mas no siempre he de ser mudo;
Y ménos cuando así escucho
Á las mujeres ajar.

LEONOR.

¿Qué viejo tan singular!

¿Tú las defendiste?

FERRANDO.

Y mucho.

Por ellas no me acobarda
Mil y mil vidas perder.

LEONOR.

¿De verás!

FERRANDO.

Una mujer

Es el ángel de mi guarda;

Y el que las insulta así
Insulta mi amor en ella.

LEONOR.

¿Querésela mucho?

FERRANDO.

Es muy bella...

Más que tú.

LEONOR.

¿De veras?

FERRANDO.

Si;

Pero no te enojarás.

Tú eres hechicera, hermosa;

Pero ¡ay! ella es una diosa,

Y tú, eres ángel no más.

LEONOR.

Y ¿es cruel?

FERRANDO.

Le adoro en vano.

LEONOR.

¡Tan rapaz, y amais ya agora!

FERRANDO.

Nací en Sevilla, señora,

Y allí queremos tem, rano.

LEONOR.

¿Dónde la viste?

FERRANDO.

En Sevilla,

Que fué de su infancia cuna.

LEONOR.

Y ¿es noble?

FERRANDO.

Sin duda alguna,

No hay en su sangre mançilla.

LEONOR.

¿La dijisteis vuestro amor?

FERRANDO.

No, que temí sus enojos;

Pero mil veces mis ojos

La explicaron mi dolor.

LEONOR.

Entónce: no es culpa de ella

Si vuestra pasión ignora:

Declarádsela.

FERRANDO.

¿Señora!

LEONOR.

Pues ¿qué teméis?

FERRANDO.

Ofendella.

LEONOR.

Ingrata fuera en verdad,

Ingrata y de pecho duro,

Ferrando, si amor tan puro

Pagara con crueldad.

Pero Blanca viene allí.

FERRANDO.

Di más bien que sale el día.

ESCENA IV.

DICHOS. DOÑA BLANCA.

DOÑA BLANCA.

¡Hermana!

FERRANDO.

¡Señora mía!

DOÑA BLANCA.

Ferrando, ¿estabas aquí?

FERRANDO.

Aquí aguardaba entre tanto

Que os veía.

LEONOR.

Estás llorosa.

DOÑA BLANCA.

¿Yo, Leonor?

FERRANDO.

Aun más hermosa

Os hace, señora, el llanto.

A pesar de esos enojos,

El ángel sois del amor.

DOÑA BLANCA.

¡Lisonjero!

FERRANDO.

Hasta el dolor

Es hermoso en vuestros ojos.

DOÑA BLANCA.

¿Tan triste me encuentras hoy?

FERRANDO.

Parecióme que advertía...

(Doña Blanca se sonríe.)

¡Ilusión!

DOÑA BLANCA.

Por vida mía,

Más que nunca alegre estoy.

FERRANDO.

Y más que nunca hechicera

Y bella.

DOÑA BLANCA.

¿Si?

FERRANDO.

Celestial.

DOÑA BLANCA.

Hermosa fui por mi mal;

Nunca tan hermosa fuera.

FERRANDO.

¿Por qué, si todos admiran

Vuestro donaire gentil,

Y mil amantes y mil

Os adoran y suspiran?

Donde vos, Blanca, os mostrais

Llena de encanto y pureza,

Eclipsais toda belleza,

Y en todas partes brillais,

Como el sol de mediodía,

Ufano con su hermosura,
Brilla en la atmósfera pura
De la bella Andalucía.
Esa risa seductora,
Ese mirar de consuelo...
¡Ay! tiene el alma de hielo
El hombre que no os adora.

DOÑA BLANCA.

Galan sois sobremañera.

LEONOR.

Y ya sé que tiene amor.

DOÑA BLANCA.

¿De veras?

FERRANDO.

¿Callais, Leonor?

LEONOR.

Él me lo dijo.

FERRANDO.

¿Parlera!

¡Oh! pues á fe que de hoy más
Ningun secreto os confie.

DOÑA BLANCA.

Y ella ¿amorosa sonrie
Á tu cariño?

FERRANDO.

Jamas.

LEONOR.

Tal vez, sin saberlo vos,
Dentro en su pecho suspira.

FERRANDO.

Antes airada me mira...
¡Amarme!... ¡pluguiera á Dios!

DOÑA BLANCA.

Si supieras... (A Leonor.)

LEONOR.

Pues ¿qué?... di.

DOÑA BLANCA.

¡Déjanos soas, Ferrando.

LEONOR.

No me engañé; estás llorando.

FERRANDO.

Llora, pero no por mí. (Al salir.)

ESCENA V.

DOÑA BLANCA. LEONOR.

DOÑA BLANCA.

Quisiera á solas hablarte,
Leonor.

LEONOR.

¿Quién hay que lo impida?

Pero estás muy afligida.

DOÑA BLANCA.

Mucho tengo que contarte.

LEONOR.

Y bien...

DOÑA BLANCA.

Soy muy desdichada.

LEONOR.

¿Qué has visto que así te asombre?

DOÑA BLANCA.

Siguiéndome vino un hombre...
En hora salí menguada.

LEONOR.

¿Un hombre! ¿Eso solo ha sido?

Y ¿eso ha causado tu afán?

Hay tanto ocioso galan...

DOÑA BLANCA.

Leonor, no me has comprendido.

LEONOR.

¿Qué quieres decir?

DOÑA BLANCA.

¿Hermana!

LEONOR.

Pero ¿qué misterio?...

DOÑA BLANCA.

Si:

Es él... Rodrigo.

LEONOR.

¿Él aquí!

Tal vez una ilusión vana...

DOÑA BLANCA.

No: Leonor, no es ilusión;
De Rodrigo era el semblante,
Suyo el mirar penetrante
Que turbó mi corazón.

¡Ay, amores desdichados,

Que nunca os pudo olvidar

Mi corazón, á pesar

De tantos años pasados!

Es él, y su amor le ciega

Tal vez: Leonor, por tu vida,

Háblale: yo soy perdida,

Si el Conde á saberlo llega.

LEONOR.

No temas.

DOÑA BLANCA.

Me matará.

Dile que parta de aquí,

Que no me pierda.

LEONOR.

Si, si...

Yo prometo que lo hará.

DOÑA BLANCA.

Esto, si quiere mi bien,

Solo de su amor exijo...

Pregúntale por el hijo

De mis entrañas también.

LEONOR.

Voy allá.

DOÑA BLANCA.

Dile al cuitado

Cómo mi suerte es cruel,

Cuánto mis ojos por él
En este tiempo han llorado.
Mas no: dile que extasiada
Doblé á otro amor la cerviz;
Que vivo alegre y feliz.
De su cariño olvidada:
En que con pecho traidor
Mis promesas olvidé.
No le digas que lloré;
No, por tu vida, Leonor.

LEONOR.

¿No ves que, si tal le digo,
Más su pena irritaré?

DOÑA BLANCA.

Tienes razon: yo no sé
Lo que me pasa... ¿Rodrigo!
¿Rodrigo!

ESCENA VI.

DICHAS. DON RODRIGO.

DON RODRIGO.

No temais; que ya insensato
Con inútiles quejas no pretendo
Recordaros mi amor.

DOÑA BLANCA.

¿Desventurada!
¿Qué habeis hecho! Salid.

DON RODRIGO.

No temais nada.
Yo, Blanca, vengo á hablaros; y es preciso
Que os hable sola á vos.

DOÑA BLANCA.

Es imposible.

DON RODRIGO.

¿No quereis escucharme? Alzad los ojos;
Ved que soy yo, Rodrigo.

DOÑA BLANCA.

Y ¿qué pretendes?

¿Qué quieres ya de mí? Yo ya no puedo
Escucharte.

DON RODRIGO.

Y ¿por qué?

DOÑA BLANCA.

¿Leonor querida!...

Por favor, un momento... si mi esposo
Viniese acaso... vigilante cuida.

ESCENA VII.

DOÑA BLANCA. DON RODRIGO.

DOÑA BLANCA.

Pronto, pronto, por Dios; cada momento
Un siglo es para mí.

DON RODRIGO.

¿Blanca adorada!

DOÑA BLANCA.

Desgraciado, callad: ¿qué me ofrecisteis?
Yo no podré escucharos, si obstinado
En ese amor me habláis, que ya es un crimen.
(Don Rodrigo la toma una mano.)
Saltadme por favor.

DON RODRIGO.

¿Con cuánto anhelo

Este momento en ansiedad amarga
Largo tiempo esperé! Ya muchos años
Pasé lejos de ti; mas tu memoria
Aquí en mi corazón siempre llevaba
Como un sueño de amor, y era el consuelo,
El único placer que alimentaba
Esta existencia que maldijo el cielo.
Y tú, entre tanto, di, ¿no te acordaste
De Rodrigo también? No; que estrechada
En brazos de un rival, tal vez perjura
A su halago extasiada sonreías,
Sin que un recuerdo del amor pasado
Turbase tu placer.

DOÑA BLANCA.

¿Tú lo creías,

Rodrigo!

DON RODRIGO.

¿Es ilusión? ¿Tú lloras, Blanca!

DOÑA BLANCA.

¿Cuál me ultrajas, cruel!

DON RODRIGO.

No, no... perdona...

Perdona á un infeliz: rabiosos celos
Emponzoñan mi alma; ven, disipa
Con halagüeña risa mi tormento;
Mirame sin rigor solo un momento.
Habla, y de un triste la afliccion consueta.
Yo todo lo creeré como en un tiempo
Tus juramentos y tu amor creía;
Habla... que oiga tu voz... yo te prometo
Olvidar tu perjurio y tu falsía.

DOÑA BLANCA.

No es tiempo ya, Rodrigo; ya es en vano
Recordarme tu amor; y nada, nada,
Sino hacerme infeliz eternamente
Te puedes prometer; y tú, Rodrigo,
Tú no quieres mi mal... huye...

DON RODRIGO.

No temas:

Están mi brazo y mi valor contigo.
Que venga ese rival...

DOÑA BLANCA.

Vas á perderme.

DON RODRIGO.

Rival feliz que tus caricias oye,
Cual otro tiempo de ilusión divina
Las escuchaba yo... ¿por qué no llega?

DOÑA BLANCA.

No grites, por piedad.

DON RODRIGO.
 Quiero en su pecho
 Mi espada hundir y el corazón partírla...
 El corazón que amó la que yo amaba,
 Que en ardiente placer estremecido
 Junto á tu pecho hermoso palpitaba.

DOÑA BLANCA.
 ¿Qué decís, don Rodrigo?

DON RODRIGO.
 No me amaste.

DOÑA BLANCA.
 Sin duda deliráis... salid al punto.

DON RODRIGO.
 ¡Para siempre partir!

DOÑA BLANCA.
 Es ya preciso.

Salid...

DON RODRIGO.
 ¿Vos lo queréis? A Dios, señora,
 ¡A Dios eternamente! Y si á tu oído
 Llega mi muerte, por mi muerte llora.
 (Hace ademán de salir, y se detiene en la puerta del fondo.)
 Y ¿nada, Blanca, nada me preguntas?
 ¿Nada quieres saber?

DOÑA BLANCA.
 ¿Dónde está, dónde?

¡Hijo del infortunio! Dime, dime...
 ¿Es más feliz que yo?

DON RODRIGO.
 (¡Pluguiese al cielo!)

DOÑA BLANCA.
 ¿Vive?... ¿vive?

DON RODRIGO.
 Tal vez.

DOÑA BLANCA.
 ¡Hijo del alma!

Haz que su madre entre sus brazos, tierna
 Le estreche y le conozca.

DON RODRIGO.
 Sí, muy pronto...

DOÑA BLANCA.
 ¡Un hijo! ¡Cuántas veces en mis sueños
 Me figuraba verle, tan hermoso
 Como es hermoso el sueño de una madre!
 Háblame de tu amor, del hijo mío,
 Y yo te escucharé... ¿Por qué, insensata,
 Rehusaba escucharte? Yo te amo.

DON RODRIGO.

¡Blanca!

DOÑA BLANCA.
 Venciste al fin.

DON RODRIGO.
 ¡Hermosa mía!

DOÑA BLANCA.
 ¡Cuánto en tu ausencia, en soledad amarga,
 Lloré sin tregua desde el negro día
 En que perdí contigo mis amores!

Mira; ya de mi rostro la hermosura
 Marchitaron el llanto y los dolores.

DON RODRIGO.
 ¡Desgraciada!

DOÑA BLANCA.
 Mil veces, sí, Rodrigo...
 Pero dime, por Dios: ¿por qué á tu lado
 El hijo de mi amor no está contigo?
 Él me consolará... tras luengos años,
 Madre amorosa, enajenada, ardiente,
 Yo aquí en mi seno apretaré su seno,
 Madre amorosa besaré su frente.

DON RODRIGO.
 Tal vez muy pronto...

DOÑA BLANCA.
 Si, mañana, hoy mismo...
 Esta noche, ¿es verdad?

DON RODRIGO.
 Es imposible.

DOÑA BLANCA.
 ¿Imposible? ¿qué has dicho?

DON RODRIGO.
 Es un misterio

Su suerte para mí.

DOÑA BLANCA.
 Rodrigo, acaba.

DON RODRIGO.
 Aquella noche de recuerdo triste
 En que dejé tu lado...

DOÑA BLANCA.
 Aquella noche...

DON RODRIGO.
 Le abandoné.

DOÑA BLANCA.
 ¡Gran Dios!

DON RODRIGO.
 Era preciso.
 Perseguido, acosado... tú lo sabes,
 Me esperaba un cadalso.

DOÑA BLANCA.
 ¡Desdichada!

DON RODRIGO.
 Un hombre oscuro recibió en sus brazos
 Al inocente niño.

DOÑA BLANCA.
 Y ese hombre...

DON RODRIGO.
 Aun no le he vuelto á ver.

DOÑA BLANCA.
 ¡Misera madre!

No hay esperanza ya.

DON RODRIGO.
 Sí, Blanca; hoy mismo
 Iré á Sevilla, indagaré su suerte,
 Y tú también le buscarás conmigo.
 ¿No es cierto que vendrás?

ESCENA VIII.

DICHOS LEONOR.

LEONOR.

Tu esposo llega.

DOÑA BLANCA.

Que no te encuentre: por favor, Rodrigo...

DON RODRIGO.

Nada te nas.

LEONOR.

Hermana...

DOÑA BLANCA.

Sí...

LEONOR.

¡Imprudente!

(Se van por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX.

DON RODRIGO. Después, DON MARTIN y BERMUDO.

DON RODRIGO.

No sé si refrenar podré mi furia,
Venturoso rival, que me has robado
La dicha toda de mi amor ardiente.

DON MARTIN.

¿En mi casa un forastero,
Decis?

DON RODRIGO.

Este es mi rival.

DON MARTIN.

Hablarle al instante quiero.

BERMUDO.

Miradle.

DON MARTIN.

¡Buen caballero!

DON RODRIGO.

¿Sois vos el de Sandoval?

DON MARTIN.

Nunca mi nombre oculté.

El mismo soy.

DON RODRIGO.

Vuestro hermano.

Que mi prisionero fué,
Me dió para vuesarcé
Estas cartas de su mano.

DON MARTIN.

¿Prisionero?

DON RODRIGO.

Así cruel

Lo quiso su desventura
En la vera de Montiel...
Es muy gallardo doncel
Y de «extremada bravura.

DON MARTIN.

Diceme que agradecido
(Recorriendo rápidamente las cartas.)

Siempre de vos estará,

Don Rodrigo.

DON RODRIGO.

Sabeis ya...

DON MARTIN.

Vuestro nombre aquí he leído,
Que escrito en la carta está.
La batalla concluida,
Le librasteis del furor
De soldadesca atrevida,
Y debió á vuestro favor
En aquel trance la vida.
Mal caballero y menguado
Don Martin Sandoval fuera,
Si tanto favor, usado
Con mi hermano desgraciado,
Pagaros no pretendiera.
Aquí os habeis de hospodar;
Y esto, don Rodrigo, os ruego.

DON RODRIGO.

Imposible.

DON MARTIN.

No hay que hablar.

DON RODRIGO.

No os quisiera desairar;
Mas he de partir muy luégo.
Prontas las huestes están
Que á Carmona marcharán.
(Dirigiéndose á la puerta del fondo.)

DON MARTIN.

En ese caso no insisto.

BERMUDO.

(Jurara, por Jesucristo,
Que es el dichoso galan.)

DON MARTIN.

Permitidme...

DON RODRIGO.

No: ¿qué haceis?...

Yo os suplico que os quedeis.

DON MARTIN.

Buena ventura os dé Dios.

DON RODRIGO.

Guárdeos el cielo.

DON MARTIN.

Y á vos,

Que hacer bien así sabeis.

ESCENA X.

DON MARTIN. BERMUDO.

BERMUDO.

Mal hiciera, si traidor
Vuestra bondad olvidara,
Y pérfido os ocultara
Lo que importa á vuestro honor.

DON MARTIN.

No os entiendo, por mi fe.

BERMUDO.

Que me entendais os prometo.

Años há que algun secreto
Muy terrible os revelé,
Que, magüer debió sin duda
Causaros negra ansiedad,
Mi sincera lealtad
De vuestro enojo me escuda.
Otra vez me permitid
Que en honra de mi señor...

DON MARTIN.

Seguid, el buen servidor,
Y ese secreto decid.

BERMUDO.

Vuestra esposa...

DON MARTIN.

Deteneos;

Que no suene en vuestra lengua:
Ya supe para mi mengua
Sus livianos devaneos.
Y; vive Dios, que á lograr
Prueba de ello más segura,
Su loca desenvoltura
No tardara en castigar!
Que no ha de llevar mi nombre
Mujer que su lustre humilla,
Y de su honor en mancilla
Fué del amor de otro hombre.

BERMUDO.

Una prueba os ha faltado.

DON MARTIN.

¿Teneisla?

BERMUDO.

Temo ofender...

DON MARTIN.

Seguid.

BERMUDO.

Acabo de ver
Al galán afortunado.

DON MARTIN.

¿Qué decís, Bermudo! ¿Dónde,
Cuándo?

BERMUDO.

Ahora mismo, y aquí.

DON MARTIN.

¿Don Rodrigo!

BERMUDO.

Él es.

DON MARTIN.

Y di,

¿Estaba ella aquí? Responde.

BERMUDO.

También vuestra esposa estaba,
Y al saber vuestra venida...

DON MARTIN.

Huyó...

BERMUDO.

Y está allí escondida.

DON MARTIN.

¿No advertiste si lloraba?

BERMUDO.

Natural era, señor,
Al cabo de larga ausencia.

DON MARTIN.

Y ella esquivó mi presencia...

BERMUDO.

Para ocultar su dolor.

DON MARTIN.

Esta noche se verán...

BERMUDO.

No dudo podrán hacerlo,
Si les damos para ello
Medios, que en mi mano están. (Pausa.)
¿Cuántos hombres llevaré?

DON MARTIN.

Pregunta es descomedida,
Que me ofende por mi vida.

BERMUDO.

¿Iréis solo?

DON MARTIN.

Solo iré.

Don Martín de Sandoval
Sabe cumplir su venganza
Con la espada ó con la lanza,
Mas nunca con el puñal.

JORNADA SEGUNDA.

Una habitación en la posada de don Rodrigo.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO. LEONOR, que es introducida por FARFAN.

LEONOR.

¿Don Rodrigo!

DON RODRIGO.

¿Vos, Leonor,

En mi posada!

LEONOR.

¡Deseo

Hablaros o'lo.

DON RODRIGO.

Farfan...

(Hace una seña á Farfan, y éste se va.)
Ya nadie escucha... ¿qué es ella?

LEONOR.

Pidióme mi triste hermana
Con sollozos y lamentos
Que os buscase.

DON RODRIGO.

¿Ella lo dijo?

Y bien...

LEONOR.

Escuchad, os ruego.
En su casa esta mañana,

Su honor y vida exponiendo,
Osasteis entrar...

DON RODRIGO.

Leonor,
Es verdad, la amaba ciego.
Ella, la infiel, no me oía;
Me habló de su esposo...

LEONOR.

El cielo

Le trajo sin duda allí,
Y os vió.

DON RODRIGO.

Fronto vino.

LEONOR.

¿Y luégo?

DON RODRIGO.

Cartas le di de un su hermano.

LEONOR.

Temimos que algun suceso
Terrible...

DON RODRIGO.

¿Blanca temia!...

Con razon temia, es cierto,
La esposa de Sandoval
Llorar difunto á su dueño.
Ella mi brazo contuvo;
Que, de otro modo, mi acero...

LEONOR.

¡Insensato!

DON RODRIGO.

Si, insensato,

Que no atravesé su pecho.

LEONOR.

Compadecedla, Rodrigo;
Es desgraciada en extremo:
No aumenteis sus desventuras
Con vuestro ardor indiscreto.

DON RODRIGO.

¿Eso me decis?

LEONOR.

¿Que puede

Esperar ya vuestro anhelo,
Que es culpable desvario,
Sino un porvenir funesto?

DON RODRIGO.

¿Qué me importa el porvenir,
Si es hoy mi destino adverso?
Palpitando aqui se agitan
En convulsivos deseos
De un cariño no olvidado
Mil deliciosos recuerdos:
Y ¿qué hay en el porvenir?...
La muerte acaso, el infierno...
Dejadme en el paraíso,
Si no está el infierno lejos.

LEONOR.

Y ¿no pensais en los males
Que vuestro amor?...

DON RODRIGO.

Nada pienso,

Sino que amarme juró,
Y por su promesa vengo.
¿Lo ois?

LEONOR.

¡Desdichada hermana!

¿Cuántas desgracias preveo
La vais á causar!

DON RODRIGO.

Leonor,

En vano son vuestros ruegos;
Que está herido el corazón,
Y no hay á su mal remedio.

LEONOR.

Quedad con Dios.

DON RODRIGO.

El os guarde.

LEONOR.

Y si obstinado y soberbio
Esperais que rompa Blanca
Lazos que anudara el cielo,
Sabed que ya, retraida
En su estrecho apartamiento,
No alimentará de hoy más
Vuestros culpables deseos.

DON RODRIGO.

¿Eso os dijo?

LEONOR.

Eso me dijo

Retraida en su aposento
La esposa de Sandoval,
Y esto á declararos vengo.
Á Dios quedad. (Vase.)

DON RODRIGO.

¡La perjura!

Yo la veré, lo prometo...
¡Yo la veré! No me arredran
Muros ni puertas de hierro.
Farfan, Farfan.

ESCENA II.

DON RODRIGO. FARFAN.

DON RODRIGO.

Esta noche vas á acometer conmigo una arriesgada empresa: cien alfonsis son tu recompensa, y otros ciento si hay que hacer uso de la espada.

FARFAN.

Moriré á vuestro lado.

DON RODRIGO.

Herirás sin reparo, pues nuestros enemigos son partularios del rey don Pedro, y esto disculpará la muerte del que caiga. Me esperarás donde yo te diga, y acudirás al menor rumor: luégo te daré más instrucciones.

FARFAN.

¿Nada más?

DON RODRIGO.

Todo estará preparado para salir esta noche: ten prontas mis armas y enjéza el caballo.

FARFAN.

Así lo haré.

DON RODRIGO.

Y cuida de avisarme al momento, si me busca alguno.

FARFAN.

Está bien.

ESCENA III.

DON RODRIGO.

Si resiste á partir conmigo, si he esperado en vano quince años, alimentado por una esperanza que no ha de cumplirse, ¡oh! entonces habré vivido ya demasiado; me verá morir la infame que juró lo que no habia de cumplir. Tal vez rehuse separarse del hombre que la dió su mano, tal vez la halaguen el brillo de su nombre y sus riquezas... En ese caso... no, no... no pertenecerá más á ese hombre; y si para ello debo cometer un crimen, le cometeré... Un crimen que hará mi dicha: detras de él está la felicidad ó la muerte; pues bien, yo quiero lo uno ó lo otro. Y ¿qué es la muerte? Dejar de sentir y de llorar, recostar eternamente la cabeza sobre un pedazo de mármol ó sobre un puñado de tierra; sucumbir al peso del infortunio ó á la cuchilla del verdugo, todo es igual.

ESCENA IV.

DON RODRIGO. FARFAN. Despues, BERMUDO.

FARFAN.

Un escudero pregunta por vos.

DON RODRIGO.

Que éntre al instante. (Se va Farfan.) Debe ser sin duda el que yo hablé esta mañana, de la servidumbre de don Martin.

BERMUDO.

(¡Era Leonor!... la he conocido cuando salia.)
¿Don Rodrigo de Vargas?

DON RODRIGO.

Bien vengais, buen escudero... sí, vos sois el mismo que me habló esta mañana.

BERMUDO.

El mismo soy.

DON RODRIGO.

¿Podré tener confianza en vos?

BERMUDO.

Si podeis.

DON RODRIGO.

Yo tengo oro...

BERMUDO.

Y yo vehementes deseos de servirlos, y por eso os pedí que me escucháseis en vuestra casa.

DON RODRIGO.

Por el misterio con que me hablaste he creído que deseabas serme útil, y por lo tanto accedí á tu ruego... Habla.

BERMUDO.

Os dije que habia estado muchos años al servicio de don Álvaro de Stúñiga, padre de doña Blanca.

DON RODRIGO.

¿Y bien?

BERMUDO.

No se me ocultó vuestro amor á la hija de mi dueño.

DON RODRIGO.

¿Lo sabías?

BERMUDO.

Nadie me lo dijo; pero yo lo adiviné.

DON RODRIGO.

¿No sabías nada más?

BERMUDO.

Nada más.

DON RODRIGO.

(Por fortuna tuya, porque hay secretos que cuestan la vida.)

BERMUDO.

Solo si recuerdo que la noche de vuestra ausencia, y aun mucho tiempo ántes, anduvo muy retraida mi señora.

DON RODRIGO.

¿Qué quereis decir?

BERMUDO.

¡Oh! nada... (No fueron infundadas mis sospechas.)

DON RODRIGO.

(Este hombre...)

BERMUDO.

Cierto es tambien que la causa de vuestra partida fué la muerte dada á Gonzalo de Vazquez, mozo atrevido, y que lo era tanto más por ser sobrino de don Juan Alonso de Albuquerque, entonces favorito del ya muerto rey don Pedro. El padre de doña Blanca hubo gran contento de vuestra ausencia, porque deseaba casar á su hija con don Martin de Sandoval, como algunos años despues, á fuerza de ruegos y á la hora de su muerte, lo pudo al fin conseguir.

DON RODRIGO.

¡Oh! sí... la pérdida consintió.

BERMUDO.

No la culpéis... tienen mucho poder los ruegos de un padre cuando habla á su hija por la última vez.

DON RODRIGO.

Habia sospechado de tí, escudero; pero veo que eres muy fiel servidor. ¿Qué puedes hacer por mí y por tu señora?

BERMUDO.

Esta llave os dará franca entrada hasta su oratorio.

DON RODRIGO.

Toma, toma, buen viejo... esta cadena, todo

cuanto poseo es tuyo. ¡Esta llave me dará franca entrada hasta su oratorio!

BERNUDO.

Hay una puerta secreta que da á la orilla del rio; ésa la encontraréis abierta al toque de la oracion, que no se hará esperar mucho tiempo.

DON RODRIGO.

Me dais la vida... sí, la veré.

BERNUDO.

Audacia y buena ventura. (Vase.)

DON RODRIGO.

A Dios, buen escudero. Farfan, ya es la hora.

Habitacion de doña Blanca, con una puerta en el fondo; otra á la derecha que figura ser la de un oratorio, y otra á la izquierda, al lado de la cual habrá tambien una ventana que da vista al Guadalquivir.

ESCENA V.

FERRANDO, apoyado en la ventana con un laúd en la mano, canta; después LEONOR por la puerta del fondo, quitándose el velo.

FERRANDO.

Donosa señora,
De un alma inocente,
Que tierna te adora,
Consuela el dolor.
Tristura me aqueja
Que quiero decilla:
De amor es la queja;
Que muero de amor.

Mil veces, hermosa,
Te dije mis penas
En traza llorosa
De triste cantar;
Mil veces mis ojos
Cubrió acerbo llanto;
Mil otras de hinojos
Te quise adorar.

Mas tú, rigurosa,
Ingrata escuchaste
La trova llorosa
Con fiero desden.
Tornaste los ojos
Al verme á tus plantas;
Causábate enojos
Mi llanto tambien.

LEONOR.

Bien cantado, pajecillo;
Bella es la trova, por Dios.

FERRANDO.

Es bella como la ingrata
Que la trova me inspiró.

LEONOR.

¿Lloras?

FERRANDO.

Leonor, tú no sabes

Cuál hieren el corazon
Los ojos de una mujer,
Cuando le hieren de amor.
Tú no sabes cómo el alma
Que una pasion abrigó
Padece en lenta agonía...
Tú no lo sabes, Leonor.

LEONOR.

No fué mi pecho de bronce;
Que en mi juventud veloz
Hay mil recuerdos hermosos
De una acendrada pasion.

FERRANDO.

¿Tambien amaste?

LEONOR.

Sí amé:

Doncel era como un sol,
Y en Nájera combatiendo
Por don Enrique murió.

FERRANDO.

Y tú, Leonor, le lloraste
Algun tiempo con dolor;
Luégo, tal vez te dijiste:
Téngale en su gloria Dios.

LEONOR.

¿Querias que eternamente
Gimiera en triste afliccion
Con lágrimas en los ojos,
Con el rostro sin color?

FERRANDO.

Y tal vez el insensato
Te amaba cual amo yo;
Acaso invocó tu nombre
Muriendo en la lid feroz;
Y su tumba solitaria
No te debe una oracion,
Ni una lágrima á tus ojos,
Ni á tu recuerdo una flor.

LEONOR.

¿Qué hicieras tú, si la hermosa
Que tanto amor te inspiró...

FERRANDO.

¡Calla!

LEONOR.

¿Qué hicieras?

FERRANDO.

No sé:

Esa idea me da horror.—
¡Morir tan bella, tan pura!...
¡Ah! no me lo digas, no.

LEONOR.

Pero ¿qué hicieras?

FERRANDO.

Morir.

LEONOR.
¿Morir? ¡pensamiento atroz!

FERRANDO.
Mis amores son mi vida,
Y lo demás ilusión.

LEONOR.
Delirios son, pajecillo,
De tu joven ardor.

FERRANDO.
Guárdeme Dios mis delirios,
Y vuestra inconstancia á vos.

LEONOR.
Picado estás.

FERRANDO.
No lo niego.

LEONOR.
Voy á dejarte.

FERRANDO.
Id con Dios.

LEONOR.
Pronto vendrá doña Blanca;
Que va á sonar la oracion.

FERRANDO.
Bien... aquí me encontrará.

LEONOR.
¿Rezarás con ella?

FERRANDO.
No;
Que no es pura la plegaria
Cuando sufre el corazón.

LEONOR.
¡Ay pajecillo! hasta hereje
Os va volviendo ese amor.

(Se va por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

FERRANDO.

¡Son delirios de mi mente!
¡Es delirio esta agonía
Que, cada vez más ardiente,
Me consume noche y día,
Y va arrugando mi frente!
¡Es delirio el padecer,
Y soñar con un placer
Que apenas la mente alcanza!...
Tú eres de hielo, mujer,
Que vives sin esperanza.
Tu corazón no concibe
Este delirio de amar...
¿Por qué quieres avisar
Al que así soñando vive,
Si es más triste el despertar?
Empero... ¿cómo eran bellas
Mis ilusiones de niño,
Mis infantiles querellas!

La calma perdí con ellas
Y de una madre el cariño.
Nunca el cielo permitiera,
Para llorar y morir,
Blanca hermosa, que te viera,
Allá, del Guadalquivir
En la frondosa ribera.
Aquel día en que Sevilla
Celebra en su catedral
Con lujosa maravilla
La Concepción virginal
De la madre sin mancilla;
En aquel infausto día
Yo te vi, yo, desdichado,
Junto al altar de María,
De muy rica orfebrería,
De mil perlas adornado:
Y sólo á ti, sin cesar,
Sólo á ti mi alma afanosa
Acertaba á contemplar,
Porque eras tú más hermosa
Que la Virgen y el altar.
¡Madre tierna, madre mía,
Si vieras á tu Ferrando,
Al hijo de tu alegría
Llorando en la noche y día,
Y no por tu amor llorando!
¡Si le oyeras maldecir
Esta vida que le diste,
Porque su anhelo es morir!...
Pero ¡ay! ¡la muerte es tan triste!...
Yo nací para vivir.

ESCENA VII.

FERRANDO. DOÑA BLANCA por la puerta del fondo.

FERRANDO.
Ella se acerca ya... ¡cómo se agita
Mi corazón al resonar sus pasos!
Es ella.

DOÑA BLANCA.
¿Vos aquí! ¡Paje importuno!

FERRANDO.
Aquí, señora, contemplaba inquieto
La calma triste de la oscura noche,
Y a lo lejos la luz, entre las sombras
Perderse sin color.

DOÑA BLANCA.
No imaginaba
Encontraros aquí.

FERRANDO.
Triste es por cierto...
Me iré, si lo mandáis.

DOÑA BLANCA.
Tal no decía...

FERRANDO.
¿Escuchásteis mi trova?

DOÑA BLANCA.

Si: es muy tierna,

Y me has hecho llorar.

FERRANDO.

¡Llorar, señora!

DOÑA BLANCA.

Compadezco, Ferrando, tu fatiga.

FERRANDO.

Me tenéis compasión... Dios os bendiga.

(Un momento de pausa: Blanca se acerca á la ventana.)

DOÑA BLANCA.

¡Qué oscura está la noche!

FERRANDO.

Más oscura

Que el hondo porvenir, negra, horrorosa,

Cual la noche fatal que me arrancara

Al seno de una madre cariñosa.

DOÑA BLANCA.

¡Siempre recuerdos tristes!

FERRANDO.

Si: ¡recuerdos

Que me llegan á el alma, que me parten

De angustia el corazón! Tuve una madre,

Y una noche fatal, así sombría,

La perdi para siempre.

DOÑA BLANCA.

¡Esa memoria

Eternamente te persigue impía?

FERRANDO.

Si, me persigue como seco espectro

Acosa al criminal: ¡Madre del alma!

En mis brazos estaba, moribunda,

Tal vez pidiendo por mi bien al cielo;

Llorosa me besaba, y un suspiro

Hirió mi frente con vapor de hielo.

Un crucifijo, que alumbraba apenas

Trémula luz de antorcha funeraria,

Testigo fué de su temprana muerte,

Y oyó benigno su postrer plegaria.

Vos también, vos también sobre el sepulcro

De una madre llorásteis, y de flores

Coronásteis también su losa fría...

¡No es verdad, no es verdad, señora mía?

DOÑA BLANCA.

Dejadme por favor... ¡ay! demasiado

Sufre mi corazón ansias de muerte.

(Se oye tocar la oración.)

Dejadme sola... la oración ya suena;

Y acaso pronto volverá mi esposo...

FERRANDO.

A Dios quedad; y el cielo bondadoso

Benigno alivie vuestra oculta pena.

ESCENA VIII.

DOÑA BLANCA.

Ya no más le veré... su imagen sola

Presente siempre agitará mi alma

Con el hondo recuerdo misterioso

De aquel amor que aborrecer no puedo,

De aquel amor, para mi mal hermoso.

Y ¡qué puedo yo hacer? ¡No está en mi mano

Aborrecer ni amar!... ¡Haz que yo olvide

Una pasión frenética, que eterna

Mi corazón abrasa y le devora,

Dios de inmensa piedad! Ni es culpa mía.

Tú que me diste un corazón de fuego,

Tú que me hiciste débil, ¿por qué impío

Gozarte quieres en el llanto mío?

ESCENA IX.

DOÑA BLANCA. DON RODRIGO, por la puerta de la izquierda.

DON RODRIGO.

¡Blanca!

DOÑA BLANCA.

¡Rodrigo! ¿tú aquí?...

DON RODRIGO.

Nada temas; nadie sabe...

DOÑA BLANCA.

¿Cómo has penetrado? di...

DON RODRIGO.

Con oro compré esa llave,

Que me condujo hasta tí.

DOÑA BLANCA.

¡Aléjate, por favor...

Si esposa infame y perjura

Escuché tu loco amor,

Sombra de mi desventura,

Ten piedad de mi dolor.

DON RODRIGO.

¡Piedad! Jamás la tuviste

Del hombre que te adoraba,

Y al que en tiempo ménos triste

Eterno amor ofreciste

Cuando á tus plantas lloraba.

De tí vengo á reclamar

Tu promesa mal cumplida,

Y en vano en medio un altar

Me pusiste, fementida:

Yo lo sabré derribar.

DOÑA BLANCA.

¡Oh! ¡desdichada de mí,

Si á saber mi esposo llega

Que has penetrado hasta aquí!

Rodrigo, el amor te ciega,

Y vas á perderme así.

Si ya sabes por mi mal

Que aún tu pasión no olvidé,

Y que si entregué mi fe

¡Desventurada! á un rival,

Con odio se la entregué.

Y él reía contemplando

Las lágrimas de su esposa,

Acaso en ellas gozando...

DON RODRIGO.

¡Tú no sabes cuán hermosa
Es una mujer llorando!
Él la dicha me robó...
Blanca, yo quiero su vida.

DOÑA BLANCA.

¿A eso viniste?

DON RODRIGO.

No, no...
Muéstrate tú arrepentida,
Y cruel no seré yo.
Tú eres mi gloria y mi bien...

DOÑA BLANCA.

¡Silencio!... ¡silencio!...

DON RODRIGO.

Ven

¿A Sevilla la famosa.
¿Por qué resistes llorosa,
Si es fingido tu desden?

DOÑA BLANCA.

Basta.

DON RODRIGO.

¿No es cierto que allí
Hay recuerdos de ventura?
Porque allí te conocí
Hermosa, inocente y pura...
¿No lo has olvidado? di.

DOÑA BLANCA.

¿Pensas tú que en mi memoria
No viven siempre amorosos
Esos recuerdos hermosos
De aquella pasada gloria,
De aquel'os sueños dichosos,
Cuando á tu lado y contenta,
Escuchándote extasiada,
Sonreía enamorada
Á la luna macilenta
De alguna noche callada?
Ensueños sin duda fueron,
Que no hermosa realidad,
Porque cual sombras huyeron,
Y en humo se deshicieron
Con mi pasada bellad.
Ora en soledad oscura,
Con amargo torcedor
Recuerdos de mi ventura
Más irritan mi dolor...
¡Ay, malograda hermosura!

DON RODRIGO.

¿Y tu hijo?

DOÑA BLANCA.

¡Si viviera!

DON RODRIGO.

No lo dudes.

DOÑA BLANCA.

¡Hijo mio!

En hora naciste fiera...

Tal vez maldices impío
La madre que el sér te diera.
¡Cuántas veces retraída
En la noche solitaria,
Y en su memoria embebida,
Á Dios rogué por su vida
En dolorosa plegaria!
Y mi devota oracion
Tu memoria profanaba,
Y ardia mi corazon
Anegado en la ilusion
Que tu imágen le trazaba.

DON RODRIGO.

Y tanta guardada fe
Y tanta esperanza bella,
¿Se han de malograr?

DOÑA BLANCA.

No sé.

DON RODRIGO.

¡Acaba!...

DOÑA BLANCA.

Si era mi estrella,
Rodrigo... te seguiré.
¿Qué me importa, si maldita
Fué mi existencia fatal,
Que en esta frente marchita
Miren los hombres escrita
Una pasion criminal?
¿Qué puede importar el mundo
Á esta mujer sin ventura?
¿Sufre el mundo mi amargura?
¿Sufre este dolor profundo
Que me mata y me tortura?

DON RODRIGO.

Ven, ven...

DOÑA BLANCA.

Espera... Hacia allí

¿No oyes ruinar?

DON RODRIGO.

Es verdad...

No temas, estoy aquí.

ESCENA X.

En este momento se abre la puerta del fondo, y aparecen
DON MARTIN y BERMUDO; al mismo tiempo sale
FARFAN por la de la izquierda con la espada desnuda.
DOÑA BLANCA se precipita á su oratorio, y DON
RODRIGO acomete al Conde.

BERMUDO.

¡Vedlos!

DOÑA BLANCA.

¡Piedad!

DON MARTIN.

No hay piedad.

DON RODRIGO.

Fidela á Dios para ti.

JORNADA TERCERA.

Cercañas de Córdoba, por la parte del puente de San Rafael.

ESCENA PRIMERA.

PERO. BELTRAN. NUÑO.

BELTRAN.

Raras son por cierto vuestras aventuras, señor caballero, y no dudo que así serán verdaderas como vos las habeis contado.

PERO.

Y así Dios me valga, como vuesa merced tiene trazas de haber nacido en muy buena cuna, y sobre todo, de haber sido muy animoso y muy esforzado campeón.

BELTRAN.

Supongo que os habréis hallado en la batalla de Montiel, dada á 14 de Marzo del presente año, donde fué malamente vencido nuestro buen señor y rey...

NUÑO.

¿Ignorais que ya no es rey el vencido y muerto don Pedro, y que, por consiguiente, sólo es bueno y señor su vencedor don Enrique?

BELTRAN.

No temais que nadie nos oiga, como no sean las ranas de la orilla del rio, ó los murciélagos de la catedral que ahí delante teneis, y es la mejor perla de esta ciudad de Córdoba.

NUÑO.

Muy cierto es, amigos míos, que me hallé en la dicha batalla de Montiel, que en hora menguada presenté el mal aconsejado don Pedro, sin esperar el auxilio del Maestre de Calatrava, que con fuertes y muy lucidas compañías volaba en su socorro.

PERO.

Mala jornada fué, por vida mía.

NUÑO.

Bien es verdad que él se tuvo gran parte de la culpa, pues que á no haber sido tan avaro de sus riquezas, como pródigo de esperanzas, no le hubieran faltado muchos caballeros, que por esto le abandonaron. Así es que á su muerte se le han hallado por valor de treinta cuentos en joyas y paños, y en la torre del Oro y en el castillo de Almodóvar, por más de noventa cuentos en moneda, que el fratricida don Enrique ha tomado para pagar á los suyos, que en la mayor parte son soldados de la Picardia, y gente mal nacida y aventurera.

BELTRAN.

Pardiez, que es menester confesar que el don Enrique es un rey muy espléndido, y muy valedor de los que le sirven.

NUÑO.

Así es; pero es un bastardo: y además, yo nunca serviré á quien para conquistar una corona en Castilla busca el auxilio de extraños.

BELTRAN.

Dejemos esa cuestion, señor soldado, y vamos á lo que importa: vuesa merced nos ha dicho que pasa á Carmona, donde el Maestre de Calatrava custodia con su gente á los hijos de nuestro difunto rey don Pedro, y que necesita auxilios para su marcha... Nosotros somos dos pobres pescadores, con una madre anciana, y lo único que os podemos ofrecer es nuestra choza para que paseis la noche, y nuestras oraciones para que Dios os saque en bien de vuestra cristiana empresa.

NUÑO.

(Dios te confunda con tu choza y tus oraciones.) Yo os doy gracias, buena gente, por vuestro ofrecimiento; pero durmiendo en vuestra choza, temeria ser sorprendido por mis perseguidores; empero, si me prestáseis vuestra barca, pasaria en ella la noche metido dentro del rio, sin temor de que me hubiesen los que con tal encarnizamiento me buscan.

BELTRAN.

Esa á vuestra devocion está, y ahí la teneis atada á la orilla del rio.

PERO.

Y si no teneis otra cosa que mandarnos, os deseamos muy buena noche.

BELTRAN.

No espero yo que sea muy buena, si como decis, la habeis de pasar en medio del rio.

NUÑO.

Salud, buena gente.

ESCENA II.

NUÑO.

Bien: así podré llegar á la otra orilla sin tener que atravesar el puente, donde hay muchos soldados que pudieran reconocer al jefe de bandidos. ¡Voto á... que es ésta una vida sobremañera aperreada y extremadamente peligrosa! Y estas pobres gentes que de muy buena fe me han creído... ¡Oh! ¡cuánto era yo más feliz cuando, como ellos, dormía tranquilo en la arena del rio ó sobre las tablas de mi pobre barca! Creo que viene gente.

ESCENA III.

NUÑO. DON RODRIGO.

DON RODRIGO.

Ninguno... ninguno.

NUÑO.

Parece ser un caballero.

DON RODRIGO.

¿Quién va?

niño.
Un pescador.
DON RODRIGO.
Te necesito esta noche... sígueme, y vamos á buscar tu embarcación.
niño.
¿Podré saber?...
DON RODRIGO.
Toma. (Dándole dinero.)
niño.
No quiero saber más.
DON RODRIGO.
¿Tienes confianza en tu barca y en la destreza de tus brazos?
niño.
¡Si, pardiez! Mi barca es ligera como una garza, y mis brazos han manejado los remos muchos años en agua más brava, aunque en el mismo río.
DON RODRIGO.
¿En Sevilla?
niño.
Allí mismo.
DON RODRIGO.
¿Conocías á un pescador?... sí le conocerías.
niño.
Tal vez.
DON RODRIGO.
Niño...
niño.
¿Sabíais mi nombre? (Echando mano á su daga y retirándose.)
DON RODRIGO.
¿Tú! ¿con qué eres tú! ¿Gracias, Dios mío!
niño.
No os comprendo... creí que me habíais conocido.
DON RODRIGO.
No temas, buen Niño... te acordarás de aquella noche, para mí tan terrible...
niño.
Explicaos.
DON RODRIGO.
Escúchame. Quince años habré, estando recostado una noche en la orilla del Guadalquivir, cerca de la ciudad de Sevilla, viste venir hácia tí un hombre embozado.
niño.
Es verdad, un hombre embozado.
DON RODRIGO.
Te mandó que le siguieses, y tú le obedeciste.
niño.
Así fué como lo habeis dicho: proseguid.
DON RODRIGO.
Entraste con él por la puerta de Jerez, y habiendo rodeado por várias calles, te hizo esperar en una de ellas; despues de un momento volvió á encontrarte y puso en tus manos una bolsa con cien maravedis de plata...

niño.
Y un niño recién nacido.
DON RODRIGO.
Cabalmente.
niño.
Yo es diré lo demas. «Toma ese niño, buen hombre», me dijisteis, «árvele de padre, porque yo no puedo hacerlo ahora... madre no tiene, porque mi esposa acaba de espirar.»
DON RODRIGO.
Cierto.
niño.
El niño me dió lástima, porque temblaba de frio y era hermoso como un sol: le cobijé con mi gaban, y le llevé á una buena dueña para que le criase... así pasaron dos años.
DON RODRIGO.
Y ¿qué hiciste del niño al cabo de ese tiempo?
niño.
El dinero se habia agotado; yo no podia darle de comer, y le abandoné á su suerte.
DON RODRIGO.
¿Cómo?
niño.
Le coloqué bonitamente al pié de la capilla de Nuestra Señora de la Concepción, y no he vuelto á tener más noticias de él.
DON RODRIGO.
Niño, es preciso que indagues su paradero: te volverás conmigo á Sevilla, y yo te prometo darte cuanto pueda lisonjear tu ambicion. Yo soy rico... ¡oh! búscame á mi hijo, y cuando vuelvas con él, te colmaré de oro.
niño.
Desde hoy me tenéis á vuestro servicio: os lo agradeceré, y Dios os lo premiará, porque me habréis arrancado de la senda del crimen.
DON RODRIGO.
¿Cómo?
niño.
El dinero que me disteis al entregarme vuestro hijo, me hizo abandonar algun tiempo el oficio de pescador; cuando se concluyó aquel, ya no sabía trabajar, y me hice bandido... tres dias hace que mi partida fué deshecha por una compañía de soldados.
DON RODRIGO.
Pues bien, bandido, vas á ejercer por última vez tu profesion... vas á ayudarme á robar una mujer casada.
niño.
Por esa clase de hurtos, señor caballero, no creo yo que me niegue San Pedro la entrada en el paraíso... guiad.
(Vase por la derecha.)

Sala en casa de don Martín Sandoval: á la derecha del espectador una puerta que cubre un tapiz, otra á la izquierda abierta, y en el fondo otra cerrada.

ESCENA IV.

FERRANDO. FORTUN.

FERRANDO.

¿Eso, Fortun, ha pasado?
¿Murió mi padre?

FORTUN.

El buen viejo
Al Hacedor dió su alma,
Que no dudo esté en el cielo.

FERRANDO.

¿Hay más penas para mí!

FORTUN.

Dióme esta carta, que pienso,
Segun le pude entender,
Que os interesa en extremo.

FERRANDO.

¿Murió mi padre también!...

FORTUN.

Y quedais jóven muy tierno
En este mar de la vida,
Sin apoyo y sin consuelo.
Nada os dejó vuestro padre.

FERRANDO.

Nunca me quiso.

FORTUN.

Yo creo
Que esa carta que me dió
Ha de encerrar gran misterio.

FERRANDO.

¿Lo dijo? (Abriéndola.)

FORTUN.

En ella declara
Vuestro origen verdadero.

FERRANDO.

¿Qué dices! (Leyendo con rapidez para sí.)

FORTUN.

Palabras vagas

Le oí...

FERRANDO.

Mi origen... ¿es cierto!
No... no es verdad... te engañaste.

FORTUN.

Él lo dijo.

FERRANDO.

Mientes.

FORTUN.

Miento...

Como queráis.

FERRANDO.

Esta casa
No piseis más... idos luego;

Si entráis en ella, yo os juro
Que no salgais sino muerto.

ESCENA V.

FERRANDO.

¿Es verdad!... «La que creías
Ser tu madre...» ¡Santos cielos!
«Al pié de santa capilla
Te encontré, niño muy tierno;
Te adopté por hijo...» ¡Cruel!
¡Ojalá en el frío suelo
Abandonado me hubieras!
¿Por qué me ocultabas esto?
¿Quisiste que alimentara
Atrevidos pensamientos,
El corazón del bastardo,
Para disiparlos luego?
Dejárame allí morir,
Donde crueles, sin duelo,
Mis padres me abandonaron...
¿Mis padres!... y ¿quiénes fueron?
¿Seré yo bastardo!... Blanca,
No sepas nunca, á lo menos,
Que yo no puedo decirte
El nombre de mis abuelos.

ESCENA VI.

FERRANDO. LEONOR.

LEONOR.

¿Qué gritais, Ferrando?

FERRANDO.

Nada.

(Si ha oído... disimulemos.)

LEONOR.

No griteis así, por Dios.

FERRANDO.

No grito.

LEONOR.

Guardad silencio;

Que reposa don Martín... (Alzando el tapiz.)

¿No lo veis? está durmiendo.

FERRANDO.

¿El infeliz!...

LEONOR.

Por fortuna

No es la herida, ni por pienso,
Tan de cuidado...

FERRANDO.

Lo sé.

(Distraído.)

LEONOR.

¿A que no sabeis de cierto
Cómo ocurrió el lance?

FERRANDO.

No...

Sé que murió el escudero.

LEONOR.

¿Habeis visto? Porque fuera
Partidario de don Pedro
El señor... no habia razon...

FERRANDO.

¿Por eso fué?

LEONOR.

Sí, por eso.

¡Buen susto pasó mi hermana!
Hasta su mismo aposento
Llegó don Martin, y allí
Le vino el hombre siguiendo...
Los hombres, quise decir;
Que fueron dos, segun creo:
Dos asesinos sin duda,
Ó soldados del rey nuevo,
Que como sabeis...

FERRANDO.

Sí, sí...

Dejadme. (Se deja caer en un sillal.)

LEONOR.

Estais de mal genio.

¿Vais á dormir? Haceis bien.
Así pudiera yo hacerlo;
Que, por la Virgen...

ESCENA VII.

DICHOS. DOÑA BLANCA.

DOÑA BLANCA.

¡Leonor!

¿Y mi esposo?

LEONOR.

Está durmiendo.

DOÑA BLANCA.

¡Gracias á Dios, todos duermen!
Sucedió triste silencio
Al combate desastroso...
Yo sola dormir no puedo.
Acuéstate tú, Leonor.

LEONOR.

¡Dejarte sola!

DOÑA BLANCA.

A lo ménos,

Aquí sola lloraré;
Que éste es mi mejor consuelo.

LEONOR.

¿Y si tu esposo, irritado,
Dejase el sangriento lecho,
Y en tí castigar quisiera
Delirios de un hombre ciego?

DOÑA BLANCA.

No temas, vete á acostar...
Ya son las doce...

LEONOR.

Lo creo...

Debe ser tarde.

DOÑA BLANCA.

Tus ojos

Están cargados de sueño.

LEONOR.

¿Llamarás, si algo sucede?

DOÑA BLANCA.

Sí, Leonor, yo te lo ofrezco.

ESCENA VIII.

FERRANDO. DOÑA BLANCA.

DOÑA BLANCA.

Si es preciso morir, venga la muerte...
Tranquila, aquí la esperaré sin susto...
Pero él me lo ofreció, vendrá á salvarme
De la venganza de mi esposo airado.

(Reparando en el paje.)

¿Si temerá tal vez?... ¡El paje! Duermee...

¿Qué agitado es su sueño! (Acercándose á él.)

FERRANDO.

¡Vos, señora!...

DOÑA BLANCA.

¿No dormias, Ferrando?

FERRANDO.

Nunca duermee

Quien en continuo padecer se agita
Con el alma doliente, envenenada,
Y en ella una pasion siempre enclavada.

DOÑA BLANCA.

¿Tambien padeces, inocente niño!

¿Pronto fuiste infeliz! No te anticipes
Dolores que la edad, muy mal tu grado,
Consigo te traerá.

FERRANDO.

Ya no hay tormentos

Que no sufra mi pecho lastimado.
Pasó ya un tiempo en que la mente mia
De una beldad el hechicero halago,
Con placer melancólico veia,
Sin poderlo gozar; dichoso, empero,
Mi corazon ardiente palpitaba,
Porque un vago placer le alimentaba.
¿Cuantas veces entónces desvelado,
Ó en sueños apacibles, la veia,
Fantástica vision siempre á mi lado!
Y era ella misma, con su tez de nieve,
Con su sonrisa que de amor abrasa...

DOÑA BLANCA.

¿Pronto fuiste infeliz!

FERRANDO.

¡Tus ojos vierten

Llanto de compasion!... ¡Dichoso el hombre
Que del llanto de un ángel es la causa!
Dime, dime, señora: ¿tú de amaras
Lloraste alguna vez? ¡Ay! ¡cuán terrible
Es amar en silencio, alimentarse

De lágrimas ardientes, ver la vida
Entre amargos ensueños deslizarse!

DOÑA BLANCA.

¡Hijo mio!

FERRANDO.

Sí, sí... dame ese nombre...
¡Nombre consolador y á par hermoso!
Repítelo otra vez, y un beso ardiente,
Un beso maternal clava en mi frente.

DOÑA BLANCA.

¿Estás contento? (Besándole.)

FERRANDO.

No; que el labio tuyo
Helado lo sentí sobre uza hoguera.
Mi frente es un volcan, mis venas arden
En fuego abrasador, irresistible...
Y ¡tú ries, cruel, cuando me abraso!

DOÑA BLANCA.

¡Ferrando! ¡qué delirio!...

FERRANDO.

Sí; delirio,
Que el alma emponzoñada alimentaba,
Y mi sér y mi vida devoraba.
Tú eres mi bien, mi gloria, mi tesoro;
Tú eres el dulce encanto de mi vida,
Y mi tormento á par... sí... ¡yo te adoro!

DOÑA BLANCA.

¡Insensato! ¡insensato!

FERRANDO.

¿Tú no sabes
Que mucho tiempo devoré á mis solas
Tormentos infernales, que mi alma
En convulsivo frenesí penaba?
¿No viste nunca en mis dolientes ojos
Acerbo llanto que mi rostro ajaba?
Era amor, tanto amor, que ya en mi pecho
No podia caber, y al fin estalla
En suspiros y lágrimas deshecho.
¡Ten de mí compasion!

DOÑA BLANCA.

¡Oh! si lo hiciera,

Tu insensata pasion maldecirias.
¡Hay un voto sagrado
Que me liga á otro amor, desventurado!

FERRANDO.

Otro amor, es verdad, un juramento
Que pronunció tu labio en los altares
Y que bendijo Dios desde su asiento,
Y que maldigo yo.

DOÑA BLANCA.

¡Calla, infelice!

¿Sabes tú, por ventura, cuántos males
Te trajera mi amor? ¡Ah! no pretendas
Con doble pena emponzoñar tu herida,
Ya que te hirió el dolor por triste suerte...
Tu amor es ilusion de encanto y vida,
Y es veneno mi amor que da la muerte.

FERRANDO.

¡Venga esa muerte por piedad!
(Se oyen fuera tres palmadas.)

DOÑA BLANCA.

¡Silencio!

Silencio, por favor.

FERRANDO.

¡Blanca!

DOÑA BLANCA.

(Es la seña...)

¡Silencio!... (¡Huir, y abandonar al triste
En su lecho mortal! ¡Él, inhumano,
Que fiera muerte me dará mañana,
Y mañana tal vez con hierro impío
El pecho romperá del amor mio!)

FERRANDO.

¡Oh! ¿no me ois, señora!

DOÑA BLANCA.

(Si la muerte...)

Si otra mano... ¡Ferrando, pide al cielo
Que en mi loco furor te compadezca!

FERRANDO.

¡Sí, Blanca, compasion!

DOÑA BLANCA.

(Niño inocente,

Nunca sea yo la que inhumana estampe
Mancha de crimen en tu pura frente.)

(Repiten la seña.)

Ya lo oí, ya lo oí...

FERRANDO.

Señora...

DON MARTIN.

¡Blanca!

DOÑA BLANCA.

¡Esa voz!

FERRANDO.

Es la voz de vuestro esposo,
Que os llama de su lecho.

DON MARTIN.

¡Blanca!...

DOÑA BLANCA.

(Y ¡siempre

Me habrá de perseguir! Jamas, Rodrigo,
Mientras pueda su voz gritarme... Blanca,
Jamas su esposa partirá contigo.)

(Un momento de silencio.)

FERRANDO.

¿No vais?

DOÑA BLANCA.

Ferrando, me llama
El inhumano á su lecho:
No sabe que ya mi pecho
Por ajeno amor se inflama.

FERRANDO.

¿Qué decís!

DOÑA BLANCA.

Atormentado

Largo tiempo el corazon,

Combates de una pasión
Vanamente ha contrastado.
Por la noche y en mis sueños,
Para mi mal seductores,
Crecieron dulces amores
Y delirios halagüeños.

FERRANDO.

¡Amáis! y ¿á quién?

DOÑA BLANCA.

Por favor...

¿Tú me pides que lo diga?

FERRANDO.

Si, si, Blanca, y Dios maldiga
Al que goza de tu amor.

DOÑA BLANCA.

¿Tú te maldices!

FERRANDO.

¡A mí!

¿Te burlas?

DOÑA BLANCA.

¿Ves cómo lloro?

DON MARTIN.

¡Blanca!

DOÑA BLANCA.

¿Lo escuchas? Te adoro

Y me separan de tí.

¿Por qué no acalla la muerte
Ese grito aterrador?

FERRANDO.

¿Tú me amas!

DOÑA BLANCA.

¿Tienes valor?

Está en tu mano mi suerte.

FERRANDO.

Vida y alma tuyas son.

DOÑA BLANCA.

No es tu vida lo que quiero...

¿Qué digo? Clava ese acero,
(Sacando el puñal del paje y poniéndolo en su mano.)
Clávalo en mi corazón.

FERRANDO.

¿Tú morir!

DOÑA BLANCA.

¡No, no, que es él,

El morir debe, inhumano!

El acero está en tu mano,

Y en ese lecho...

FERRANDO.

¡Cruel!

Yo... jamás.

DOÑA BLANCA.

Y ¡hé de perderte!

No me amaste, no es verdad.

FERRANDO.

¿Qué triste felicidad,
Si está en manos de la muerte!

DOÑA BLANCA.

Pues bien, olvídame.

FERRANDO.

No...

DOÑA BLANCA.

Tal vez llorarás ya tarde
Esa dicha, que cobarde
Tu brazo no conquistó.

FERRANDO.

¡Un crimen! ¡Piedad, piedad!...

DOÑA BLANCA.

¡Delirio! Piedad de tí...

FERRANDO.

¡Blanca!

DOÑA BLANCA.

Su muerte.

FERRANDO.

Sí... sí...

Llérale en la eternidad.

DOÑA BLANCA.

No te apiade su gemido.

FERRANDO.

Júrame amor.

DOÑA BLANCA.

Siempre amor.

FERRANDO.

Perdóname tú, Señor;

Que el ángel malo ha vencido.

(Se precipita por la puerta de la derecha.)

DOÑA BLANCA.

Corre, insensato rapaz,

Corre y maldice tu suerte.

(Momento de silencio.)

DON MARTIN.

¡Ay! (Dentro.)

DOÑA BLANCA.

Es la voz de la muerte.

¡Don Martin, dormid en paz!

ESCENA IX.

En este momento se oye rumor en la puerta del fondo, entrando despues por ella DON RODRIGO; DOÑA BLANCA corre á su encuentro para ocultarle al PAJE, que pálido y azorado se presenta en la puerta de la derecha; la del fondo se cierra detras de los dos amantes, y FERRANDO, que se arroja sobre ellos, clava en día de las hojas de la puerta su puñal.

DOÑA BLANCA.

¡Silencio! ¿Quién puede ser?

DON RODRIGO.

¿Es tiempo ya?

DOÑA BLANCA.

Ya te sigo.

FERRANDO.

¡Un hombre! ¡Un hombre!...

DOÑA BLANCA.

¡Rodrigo!

FERRANDO.

¡Maldita seas, mujer!

JORNADA CUARTA.

Sala grande de un meson, en Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

ORTIZ y ANTUNEZ en un extremo del teatro. NUÑO en el opuesto, y LA TIA MÓNICA arreglando algunos muebles.

MÓNICA.

Y ¿qué ha traído el señor Antunez de la gran ciudad de Córdoba?

ANTUNEZ.

Poco y bueno: excelente vino de Toro para regalo de los pobres religiosos de San Francisco, que así tienen ellos la salud; unos cuantos almudes de garbanzos de Castilla para el puchero del señor Dean, que está gordo como un potentado de Italia; y un mancebillo hermoso como un ángel, pero triste y dolorido como una Magdalena.

MÓNICA.

Ya le he visto, señor Antunez, y ciertamente es lindo el mozalvete: desde que vinisteis no se le ha vuelto á ver... se encerró en su cuarto, que me ha pagado muy bien, y así Dios me tenga en su gracia como...

ORTIZ.

¡Vaya, vaya! déjenos la buena Mónica, que ya nos va á ensartar toda la letanía.

MÓNICA.

Quiero hablar, señor Ortiz, que ésta es la comidilla de mi oficio, y como dijo el otro, quien no pregunta no sabe, y...

ANTUNEZ.

Espero, señora Mónica, que me trataréis bien al mancebito, y yo os aseguro que no os pesará, porque es dadivoso como un rey, y agradecido sobremanera.

MÓNICA.

Vaya, señor Antunez, dígame si de mi casa ha salido nunca nadie disgustado; porque ahí están todos, que pueden decir si mi genio no es el de un ángel, aunque es mala comparación.

ORTIZ.

Y ¿qué nuevas traéis que merezcan atención?

ANTUNEZ.

Muy tristes, porque á mi salida acababa de acontecer un suceso trágico, que habia puesto en consternación á todos los habitantes de Córdoba.

MÓNICA.

A ver.

ANTUNEZ.

La noche ántes, habia sido asesinado en su lecho el buen Conde de Niebla, don Martin de Sandoval, que en aquella ciudad residia hace algunos años.

ORTIZ.

Y ¿quién le mató?

ANTUNEZ.

Nada se sabe.

NUÑO.

Yo os lo diré: fué el paje de doña Blanca, su esposa.

MÓNICA.

¡Miren el bueno del paje!

ANTUNEZ.

Y ¿cómo se supo?...

NUÑO.

Un pescador, que en su barca condujo á doña Blanca hasta Cantillana, quedó encargado de volver á la casa y arrojar al rio el cadáver de don Martin; el pescador encontró clavado en una puerta un puñal ensangrentado que habia pertenecido al paje, cuyo puñal no debió nunca perder, porque era la única señal que le podia hacer conocer á sus padres...

FERRANDO.

(¡Gran Dios!) (Entresabriendo la puerta de su habitacion.)

MÓNICA.

Veo que su merced está muy enterado...

NUÑO.

Si lo estoy, como que si encontrara al pajecillo, no habia de ser más poderoso que yo el mismo Arzobispo.

MÓNICA.

¡Cómo!

NUÑO.

Sólo haciendosele conocer á su padre, que es un caballero muy noble y rico.

FERRANDO.

(¡Oh! es noble mi padre.)

MÓNICA.

Cierto que la historia es espantosa...

ANTUNEZ.

Vaya viendo la señora Mónica cómo nos aparece habitacion para mi y el camarada; que ya va á cerrar la noche, y á esa hora acostumbro yo cerrar los ojos.

MÓNICA.

Vayan á cenar; que la cama estará á punto muy en breve. (Vase.)

ANTUNEZ y ORTIZ.

Buenas noches, señor forastero.

NUÑO.

Á Dios, buena gente.

ESCENA II.

NUÑO. FERRANDO.

NUÑO.

Ese mancebillo, que dicen haber venido de Córdoba, sin duda debe ser ei mismo... aqui está.

FERRANDO.

Señor forastero, he oido cuanto hablabais.

NUÑO.
 ¿Estabais ahí?
 FERRANDO.
 Oculto detras de esa puerta.
 NUÑO.
 Os interesaba mucho sin duda lo que yo acabo de contar.
 FERRANDO.
 ¡Oh! mucho.
 NUÑO.
 ¿Sois el paje de doña Blanca?
 FERRANDO.
 ¿Conoceis á mi padre?
 NUÑO.
 Sí.
 FERRANDO.
 Habeis dicho que es un caballero noble.
 NUÑO.
 Y rico.
 FERRANDO.
 ¿Y mi madre?
 NUÑO.
 Esa, en la gloria está.
 FERRANDO.
 ¡Dios mio!... el nombre de mi padre...
 NUÑO.
 Don Rodrigo de Vargas.
 FERRANDO.
 Don Rodrigo...
 NUÑO.
 El amante de doña Blanca.
 FERRANDO.
 ¡Ah! ¿Con que era él?... (Mi rival.) ¿Iremos á buscar á mi padre?
 NUÑO.
 Al instante : su casa está inmediata.
 FERRANDO.
 Pero decidme qué pruebas teneis para que os crea...
 NUÑO.
 Este puñal.
 FERRANDO.
 ¡El mio!
 NUÑO.
 Con él os abandoné yo al pié de la capilla...
 FERRANDO.
 Sí, ya lo sé... iréis á buscar á mi padre... le diréis que aquí le espero; no, no, en el puente de Triana.
 NUÑO.
 Es muy léjos.
 FERRANDO.
 Sin embargo.
 NUÑO.
 Y ¿no queréis venir?
 FERRANDO.
 No, estará con él doña Blanca.
 NUÑO.
 Él os irá á buscar al momento.
 FERRANDO.
 (¡Y ella quedará sola!)

NUÑO.
 ¡Á Dios!
 FERRANDO.
 En el puente de Triana... ¡ah! volvedme ese puñal...
 NUÑO.
 ¿Para qué?
 FERRANDO.
 Le necesito.
 NUÑO.
 Tomadle.
 FERRANDO.
 (Bien : ahora nada falta á mi felicidad.)

Decoracion corta de calle : á la puerta de una casa, que se figura ser la de don Rodrigo de Vargas, estarian sentados Farfan y Garcés.

ESCENA III.

FARFAN. GARCÉS.

FARFAN.
 Esta es la vida, Garcés :
 Uno muere, otro se casa,
 Unos lloran y otros rien...
 ¡Triste condicion humana!
 GARCÉS.
 Filósofo estás.
 FARFAN.
 Sí estoy,
 Garcés, y la cosa es clara...
 Estar oyendo allá adentro
 De ese festin la algazara,
 Donde alegres todos rien
 Y todos beben y cantan,
 Y aguardar aquí á la puerta
 Como el mendigo que aguarda
 Los despojos del festin...
 ¿No es situacion bien amarga?
 (Sale Nuño por la izquierda y entra en la casa.)
 GARCÉS.
 Dios quiso... ¿Quién va?
 FARFAN.
 Dejadle
 Entrar.
 GARCÉS.
 No habló una palabra.
 ¿Quién es?
 FARFAN.
 Un descamisado
 Que goza la confianza
 De mi señor, que yo solo
 En un tiempo disfrutaba.
 GARCÉS.
 Injusticia.
 FARFAN.
 Sí por cierto...
 GARCÉS.
 Otra vez vuelve.

FARFAN.
¿Quién?

GARCÉS.
¿Calla!

ESCENA IV.

Los mismos. DON RODRIGO. NUÑO.

DON RODRIGO.
¿Qué! ¿no quiere entrar?

NUÑO.
Se obstina

En eso.

DON RODRIGO.
Pero ¿qué causa?...

NUÑO.
Grave causa, don Rodrigo:

Ama á vuestra esposa.

DON RODRIGO.
¿Basta!

¿Desventurado! ¿no sabe
Que es su madre la que ama?

NUÑO.
¿No dijisteis!...

DON RODRIGO.
Te engañé...

Temí que á saber llegara
Alguno el hondo secreto,
Comprometiendo su fama.

NUÑO.
¿Doña Blanca!

DON RODRIGO.
Y él me espera...

NUÑO.
En el puente de Triana.

DON RODRIGO.
Vamos.

NUÑO.
(¿Qué horrible secreto
Aun por penetrar te falta!)
(Se van por la izquierda.)

ESCENA V.

FARFAN. GARCÉS. Poco despues, FERRANDO.

FARFAN.
¿Qué dices de esto, Garcés?

GARCÉS.
Farfan, yo no digo nada,
Sino que salió el señor...

FARFAN.
¿Dónde irán?

GARCÉS.
Es cosa extraña,
En noche de boda...

FARFAN.
Y ¿viste
Como en secreto se hablaban?

FERRANDO.
Se alejan... Era mi padre,

Él era... ¿padre del alma!
Pensé no tener valor.

GARCÉS.
Alguien viene.

FERRANDO.
Esta es la casa.—

Guárdeos Dios, el escudero:
Si alguna vez en el alma
La compasion abrigásteis,
Dadme esta noche posada.
Vedme que muero de frio;
Así la Virgen sin mancha
En mejor vida os lo premie...
Dadme esta noche posada.

FARFAN.
En mala sazón llegásteis:
Orden me dió doña Blanca,
Mi señora, de que sólo
Los convidados entraran.

FERRANDO.
¿Válgame Dios, escudero!
Hijo soy de la desgracia.

GARCÉS.
Farfan, me da pena.

FARFAN.
Cierto...
Es tan niño...

GARCÉS.
En otra casa
Hallaréis acaso...

FERRANDO.
No;
Ya corri muchas muy altas,
Con lágrimas en los ojos,
Con el dolor en el alma.—
Váyase de aquí, me han dicho;
El rapazuelo se vaya,
O á palos le arrojaré
De la puerta de mi casa.—
Tienen el pecho de bronce.
Pero de súplicas basta;
Que á mendigar no nació,
Y fué noble mi prosapia.

FARFAN.
¿Hola!

FERRANDO.
Aquí sobre estas piedras,
Más que vuestros pechos blandas,
Pasaré la noche.

GARCÉS.
Mira,
Yo no puedo más.

FARFAN.
Ya...
(Se oye música dentro.)

GARCÉS.
Calla.

¿Qué es eso?
FERRANDO.

GARCÉS.
 Músicos son;
 Que hay boda.

FERRANDO.
 Y decidme, ¿cantan?...

GARCÉS.
 Diez voces hay, por lo ménos,
 Diez, entre gordas y flacas.

FARFAN.
 ¡Silencio! ¡silencio!...
 (Cantan dentro los músicos.)

« Linda desposada,
 » De rostro gracioso,
 » De amor sonrojada,
 » Risueña de amor,
 » Recibe en su lecho
 » Esposo que adora,
 » Latiéndole el pecho
 » De gozo y temor. »

FERRANDO.
 Todos
 Son felices.

FARFAN.
 ¡Extremada
 Cancion!

GARCÉS.
 Y bien merecida;
 Que es hermosa doña Blanca.

FERRANDO.
 Ellos cantan, y yo aquí,
 Lágrimas vertiendo amargas,
 Lleno de envidia contemplo
 Su bulliciosa algazara.
 De la noche el duro hielo
 Mi tierno cuerpo traspasa,
 Miéntras allí todos ríen...
 ¡Morir, miéntras ellos cantan!

GARCÉS.
 Dejémosle entrar, Farfan.

FARFAN.
 Me temo...

GARCÉS.
 No sabrán nada.

FARFAN.
 Pues bien, dejémosle entrar;
 Que está la noche que pasma.

FERRANDO.
 Y nunca, nunca es perdido
 Hacer un bien... Dios lo paga.

GARCÉS.
 Y entremos también nosotros.
 Si te parece.

FARFAN.
 Me agrada.
 Entremos pues.

FERRANDO.
 (Ya, á lo ménos,
 No moriré sin venganza.)

Dormitorio de doña Blanca: en el fondo, hácia la derecha, el lecho nupcial, adorno elegante al gusto de la época. Al mismo lado, más hácia el proscenio, una imagen de la Virgen de los Dolores, delante de la cual alumbrará pendiente del lecho una lámpara de plata. Se oye cantar otra vez.

ESCENA VI.

« Ardiente de amores,
 » Su aliento es fragante,
 » Muy más que las flores
 » Que adornan su sien.
 » Hermosos sus ojos
 » Ostentan en vano
 » Fingidos enojos,
 » Fingido dasden. »

ESCENA VII.

FERRANDO entra y se dirige silenciosamente al lecho, levanta una cortina, y al verle vacío vuelve á dejarla caer.

Aun no vino... Sólo advierto
 Del canto el clamor incierto
 Que en torpe festín retumba,
 Y está su lecho desierto,
 Desierto como una tumba.
 Allá en depravada orgía
 Gózate, Blanca, en buen hora,
 Sin pensar en mi agonía,
 Sin que una lágrima fría
 Nuble tu risa traidora.
 ¡Cuánta ilusión de placer
 Agita agora tu pecho!...
 Mucho te engañas, mujer,
 Si de mi madre en el lecho
 Te pensaste adormecer;
 Que no hay placer sin virtud...
 Tú mi corazón llenaste
 De dolorosa inquietud;
 Tú, tirana, me engañaste...
 Ven: allí está tu ataúd.
 No habrá sueños seductores;
 Que de tu lecho de amores
 Guarda la entrada el dolor...
 Yo te aconsejo que llores
 Por tus culpas al Señor.
 Llorá; que no impunemente
 Se destroza sin piedad
 Un corazón inocente,
 Que lleno de amor ardiente,
 Te entregó su libertad.
 ¡Insensato, que te amé
 Con delirante pasión!
 ¡Insensato, que lloré
 Pidiéndote compasión,
 Cuando desprecio alcancé!
 ¿No eras mi gloria y mi encanto?

¿Cansábate ya mi llanto,
Que le secaste en mis ojos,
Ó era culpa amarte tanto,
Para así causarte enojos?
¿Cómo me heriste, cruel,
En lo más hondo del alma!
¿Mal haya quien ama hiel,
Y por momentos de hiel
Trueca la vida y la calma!

(Mirando á la puerta.)

Venganza mia, tu intento
Muy pronto á cumplirse va.
Viene allí... ¿qué hermosa está!...
Belleza que en un momento
La muerte marchitará.

(Se esconde tras del lecho.)

ESCENA VIII.

FERRANDO. DOÑA BLANCA, cogalonada y con Bo-
res en la cabeza, pero pálida y pensativa. ALGUNAS DON-
CELLAS la siguen, también vestidas con ostentacion.

DOÑA BLANCA.

¡Ah! pude al fin sustraerme
A ese bullicio infernal.

DONCELLA 1.^a

¿Tan pronto, señora mia,
Del festin os retirais?

DOÑA BLANCA.

Cánsame tanta algazara,
Y allí mi esposo no está;
Que desapareció, y me temo
Algun suceso fatal.

(¿Bien estais, desdichas mias!
¿Siempre, aumentando mi afán,
De negros presentimientos
Os habeis de alimentar?)

DONCELLA 1.^a

Triste estais; mas no es extraño,
Señora; que en noche tal,
Cuando se esperan amores,
Es muy triste el esperar.

DOÑA BLANCA.

Mi esposo...

DONCELLA 2.^a

No temais nada;
Que al momento volverá.

DONCELLA 1.^a (A la 2.^a aparte.)

¿Has visto?

DONCELLA 2.^a

Ciertas mujeres
No saben disimular.

DONCELLA 1.^a

Ganas tiene de ser dueña.

DONCELLA 2.^a

Dueña es ella mucho há.

DONCELLA 1.^a
¿Cómo?

DONCELLA 2.^a

Diz que fué la esposa
de don Martin Sandoval.

DOÑA BLANCA.

¿Quién nombra aquí á don Martin?

DONCELLA 1.^a

Recio hablaste y por demas.

DONCELLA 2.^a

Aquí Isabel nos contaba
Del Conde el triste finar;
Que dicen le hirió un mancocho,
Aunque muy jóven, audaz.

DOÑA BLANCA.

Silencio, silencio digo.

DONCELLA 2.^a

No fué mi intento...

DOÑA BLANCA.

Callad...

Para nada os necesito:
Idos todas á acostar.
Esa puerta cerraréis.
Inés, tal vez tardará
Mi esposo: quitad la llave,
Y á él sólo se la entregad.

ESCENA IX.

DOÑA BLANCA. FERRANDO.

DOÑA BLANCA.

¿Sola me deja y de temores llena,
Y huye de mí cuando le espero ansiosa!...
Sola, y no viene á consolar mi pena,
Y el seno esquiva de la amante esposa.
¿Oh! tal vez me aborrece... del delito
La marca infame señaló mi frente,
Cual la marca infernal con que al precito
Señala el vengador Omnipotente.

(Queda un momento con la cabeza inclinada sobre el pecho;
al volverla á levantar, lanza un grito viendo delante de sí
á Ferrando.)

¿Ah! ¿vos aquí!

FERRANDO.

¿Temblais?

DOÑA BLANCA.

¿Aquí... Dios mio!

FERRANDO.

Teneis razon para temblar.

DOÑA BLANCA.

¿Ferrando!

¿Qué buscáis, infeliz?

FERRANDO.

Busco la muerte.

DOÑA BLANCA.
Idos; idos, por Dios: ved que mi esposo
Muy pronto ha de volver.

FERRANDO.
¡Oh! yo os prometo
Que aquí no me hallará.

DOÑA BLANCA.
Sí, yo os lo pido
De rodillas, temblando...

FERRANDO.
¡Te comprendo!
¡Temes que sepa tu maldad, traidora,
Y cuánto encierra de infernal veneno
El corazón de la mujer que adora!

DOÑA BLANCA.
¿Hay más desdichas!

FERRANDO.
No, ya se acabaron;
Que no hay desdichas en la tumba.

DOÑA BLANCA.
¡Cielo!
¿Qué decis?

FERRANDO.
A los males de la vida,
¿Cuál más durable y bienhechor consuelo?
Tú, Criador del mundo, tú á los hombres
En tu mente suprema condenaste
Á dormir en la noche de la tumba,
En sueño eterno, funeral, profundo...
¡Bendito seas, Criador del mundo!

DOÑA BLANCA.
¡Me amenazais... me amenazais, Ferrando!...

FERRANDO.
¡Cuán bella estás con ostentosas galas!
¡Hermosa como un sol! Tú no esperaste
Que en llanto y luto se trocaran luégo.

DOÑA BLANCA.
Salid de aquí, Ferrando.

FERRANDO.
(Saca un pomo.) ¡Sin venganza!
Mirad... es para vos... así la muerte
Sin dolor llegará...

DOÑA BLANCA.
¡Nunca!
FERRANDO.
Pensadlo...
Que ésta mi suerte es ya, y es vuestra suerte.

DOÑA BLANCA.
Jamás.

FERRANDO.
Miradme; que en mi edad florida,
(Bebiendo del pomo.)
Sin miedo alguno el tósigo derramo
En este corazón lleno de vida.
Ahora decidme si estaré resuelto,
Ya sin amor, sin esperanza alguna...

DOÑA BLANCA.
¿Qué quieres tú de mí?
FERRANDO.
Ya no te pido
Ni amor, ni compasión; crímenes sólo:
Esto busco...

DOÑA BLANCA.
¡Infeliz!
FERRANDO.
Tú me enseñaste
La senda horrible que al delito guía...
¿No pensaste jamás que en esa senda
Mi brazo matador te encontraría?

DOÑA BLANCA.
Callad, callad, Ferrando; que mi pecho
Destrozais sin piedad.

FERRANDO.
Y tú, inhumana,
¿Qué hiciste tú de mí, de mi inocencia?

DOÑA BLANCA.
¡Ah! que es triste la muerte cuando viene
Á acabar ensueños deliciosos,
Cuando la mente con delirio vaga
En esperanzas de placer y amores...

FERRANDO.
¡Triste es morir en ataud de flores!
¿Por qué fuiste cruel con quien te amaba,
Con quien su vida por tu bien daría?
¿Por qué fuiste cruel?

DOÑA BLANCA.
Dejadme, os ruego.

FERRANDO.
¡Dejarte!

DOÑA BLANCA.
¡Por favor!

FERRANDO.
No, ya eres mía.
El crimen nos unió: pronto al sepulcro
Bajaremos así; ya en vano imploras.

DOÑA BLANCA.
¡Ferrando, por piedad, Ferrando!...

FERRANDO.
¿Lloras?
También lloraba yo, sin que en tu alma
Mis lágrimas de amor piedad hallasen.

(Se oye cantar otra vez dentro.)

« Linda desposada,
« De rostro gracioso,
« De amor sonrojada,
« Risueña de amor,
« Recibe en su lecho
« Esposo que adora,
« Latiéndole el pecho
« De gozo y temor. »

¿Oyes, Blanca, el festín?

DOÑA BLANCA.
¿Por qué no callan?

FERRANDO.
El canto es de una orgía, que celebra
Nuestras bodas de muerte.

DOÑA BLANCA.
¡Canto horrible!

FERRANDO.
Acabemos, señora... (Dándole el pomo.)

DOÑA BLANCA.
Yo... no puedo...
(Dejándole caer: Ferrando saca el puñal.)
¿Qué haceis?... Ese puñal...

FERRANDO.
¡Puñal impío!

Señora... ¿no es verdad?

DOÑA BLANCA.
¿No os compadece
Mi llanto? A vuestros piés lo estoy vertiendo.

FERRANDO.
Preparaos á morir.

DOÑA BLANCA.
¡Perder mi alma!

FERRANDO.
Vos perdisteis la mia.

DOÑA BLANCA.
Esto tan sólo...

FERRANDO.
Rezad aquí... la Virgen dolorosa
Vuestra oracion escuchará piadosa.

DOÑA BLANCA. (Arrodillada delante de la Virgen.)
Madre del Verbo encarnado,
Que al mundo diste salud
Y ventura;
Tú que venciste al pecado
Por tu celeste virtud,
¡Virgen pura!
A tí con alma contrita
Llega humilde pecadora,
Madre de amor:
Óyela tú, que bendita
Ruegas por nós bienhechora
Al Redentor.
Consuelo del afligido,
Que en este mundo de llanto
Lanzó el cielo,
No desoigas mi gemido...
Dame en desconsuelo tanto
Tu consuelo.
No me desampares, no,
Y tu bondad no permita
Que sucumba.
El infierno sonrió,
Y al alma de Dios maldita
Abrió la tumba.
Si quien sus pecados llora
Merece tu compasion,
Aquí está

Una mujer que te implora...
Recíbela en tu mansion.—
Herid ya.
(A Ferrando, que deja caer el puñal.)

FERRANDO.
No, Blanca, no te heriré...
Vive en los brazos dichosa
Del que te llama su esposa,
Y á quien odiar no podré.

DOÑA BLANCA.
¿Es verdad!

FERRANDO.
Y ¡yo he podido
Causar cruel tus enojos,
Y en llanto bañar tus ojos!...
¡Delirios! perdon te pido.

DOÑA BLANCA.
¡Ah!

FERRANDO.
Vive para el placer...
Mi brazo herirte no pudo;
Que es tu hermosura un escudo,
Y tu seno de mujer.

DOÑA BLANCA.
¡Ferrando!

FERRANDO.
Tú vivirás,
Hermosa como tirana,
En otros brazos ufana,
Y acaso me olvidarás.

DOÑA BLANCA.
Y ¿tú, tú?...

FERRANDO.
Yo moriré
Con mi amor y mi despecho.
¿Ves, Blanca, ves ese lecho?
Lecho de mi madre fué.

DOÑA BLANCA.
¡Paje! ¿De tu madre!

FERRANDO.
Sí,
Y es tu esposo buen festigo;
Que es mi padre don Rodrigo.

DOÑA BLANCA.
¡Tu padre!

FERRANDO.
¿Qué tienes! di.

DOÑA BLANCA.
¿Don Rodrigo, no dijiste?

FERRANDO.
Una mujer en Sevilla
Me halló al pié de una capilla...

DOÑA BLANCA.
¡Cruel! ¿por qué no me heriste?

FERRANDO.
¿Qué dices?

DOÑA BLANCA.
¿No te da horror
Pensar en tu madre impía?

FERRANDO.
Callad, callad... ¡Madre mía!
Murió... Callad, por favor.

DOÑA BLANCA.
Vive esa desventurada.

FERRANDO.
¡Miserable!... no lo creo...
¿Que vive decís, y os veo
Con mi padre desposada!

DOÑA BLANCA.
¡Hijo mío!

FERRANDO.
Y ¿es verdad!
¡Dicha es, madre, el conocerte,
Cuando me espera la muerte
Y una horrible eternidad!

DOÑA BLANCA.
¡Morir tú!

FERRANDO.
¡No lo sabías?

DOÑA BLANCA.
Tu rostro pálido...

FERRANDO.
Sí...
Ya há tiempo que lo sentí
Aquí en las entrañas mías.

DOÑA BLANCA.
¡Desfalleces! (Sosteniéndolo en sus brazos.)

DON RODRIGO. (Dentro.)
Abrid ya.

DOÑA BLANCA.
Tu padre... ¿lo escuchas?

FERRANDO.
Yo...
No le veré... madre... no...
Antes la muerte... vendrá...

(Reclina la cabeza en el seno de doña Blanca, y espira.)

ESCENA X.

DICHOS. DON RODRIGO.

DOÑA BLANCA.
¡Rodrigo!

DON RODRIGO.
¡Mujer impura!—
¡Hijo del alma! (Atrodillándose delante de él.)

DOÑA BLANCA.
Por mí...

DON RODRIGO.
¡Qué horror!

DOÑA BLANCA.
Yo la causa fui...
Yo marchité su hermosura.

DON RODRIGO.
¡Muerto!...

DOÑA BLANCA.
¡Ay Dios!

DON RODRIGO.
Día de horror
Fué el día en que yo te amé,
Si guardabas á mi fe
Sepulcros en vez de amor.

DOÑA BLANCA.
Yo fui... yo...

DON RODRIGO.
Quédate á Dios...

DOÑA BLANCA.
¡Madre desdichada y triste!

DON RODRIGO.
Tú una maldición pusiste
Y una tumba entre los dos.